

EL DESARROLLO RELIGIOSO DEL ISLAM

C. Snouck Hurgronje

Traducido por Jesús M. Sáez (2010)

Original recuperado en <http://answering-Islam.org/Books/Hurgronje/hurgronje2.htm> [15 mayo 2007]

DIFÍCILMENTE PODEMOS IMAGINAR una población más pobre, más miserable que la del país sudarábigo de Hadramaut. Todo progreso moral y social está frenado allí por la perpetuación de los peores aspectos de la *Yahiliya* (paganismo árabe), junto con los del Islam. La nobleza laica está formada por grupos que se pasan la vida aborreciéndose y combatiéndose según códigos de venganza no atemperados por ninguna clase de sentimientos más humanos. La nobleza religiosa está representada por descendientes del Profeta, duros defensores de una ortodoxia rigurosísima y del más intolerante fanatismo. En una sociedad ordenada, aprovechando todos los medios ofrecidos por la ciencia y técnica modernas, la tierra árida y estéril podría producir lo suficiente para satisfacer las necesidades de sus miembros; pero entre estos nativos, paralizados por la anarquía, reina una hambruna crónica. Los extranjeros evitan prudentemente este miserable país y, si lo visitaran, no serían acogidos con hospitalidad. El hambre fuerza a muchos hadramíes a emigrar; durante siglos los encontramos en todos los países del Islam, en las ciudades sagradas de Arabia occidental, en Siria, Egipto, la India, Indonesia, donde a menudo ocupan puestos importantes.

En las Indias holandesas, por ejemplo, viven en las ciudades comerciales más importantes y, aunque el gobierno nunca les ha favorecido y han tenido que competir con chinos y con europeos, han logrado consolidar su posición. Antes de señorear el poder europeo, llegaron incluso a fundar estados en algunas de las islas mayores o alcanzaron el poder en los estados nativos. Bajo un gobierno europeo fuerte, son de los súbditos más tranquilos y laboriosos, todos se ganan la vida y ahorran algo para sus parientes pobres de la patria. Vienen sin un céntimo y sin ninguno de los conocimientos teóricos ni habilidades prácticas que nos parecen indispensables a quien quiere probar fortuna en el complejo mundo moderno colonial. Sin embargo, he conocido a algunos que en veinte años han llegado a ser potentados de los negocios e incluso millonarios.

El extraño espectáculo de estos talentos ocultos y de la energía reprimida del pueblo de Hadramaut, que parecen sólo estar esperando a ser trasplantados a una tierra más favorable para desarrollarse con pasmosa rapidez, nos ayuda a comprender las inmensas consecuencias de la emigración árabe del siglo VII.

Los bienes espirituales con los que el Islam se lanzó al mundo, distaban de ser extraordinarios. Predicaba un monoteísmo simple: Allah, Creador Omnipotente y Rey del cielo y la tierra, enteramente autosuficiente, siendo ridículo Suponerle compañeros o Hijos que Le ayudaran; que ha creado a los ángeles para que formaran Su corte, y a los hombres y genios (*jinn*) para que Le sirvieran sumisamente; que decide todo según Su voluntad inconmensurable y que no es responsable ante nadie, porque el universo es Suyo; Cuyas Criaturas, si sus mentes no se extraviaran, deberían consecuentemente permanecer en respetuoso temor y asombro. Ha dado a conocer Su voluntad a la humanidad, comenzando por Adán, pero el despliegue de la humanidad por la superficie de la tierra, su seducción por Satanás y sus emisarios han llevado a la mayoría de las naciones a apartarse completamente de Él y Su servicio. De vez en cuando, cuando consideraba llegado el momento, hacía surgir de una nación a un Profeta para que fuera Su mensajero que instara a la gente a convertirse y que transmitiera las bendiciones que les esperaban como recompensa por su obediencia y los castigos que les serían infligidos si no creían en su mensaje.

A veces los desobedientes habían sido sacudidos con una sentencia de este mundo (el diluvio, el ahogamiento de los egipcios, etc.), y los fieles habían sido rescatados de modo milagroso y conducidos a la victoria; pero tales cosas sólo servían de indicaciones de la majestad de Allah. Un día el mundo entero será derribado y destruido. Entonces los muertos serán despertados y llevados al tribunal de Allah. Los fieles tendrán moradas predestinadas en jardines bien regados, sombreados, con árboles frutales colmados, con lechos suntuosos donde reposar y disfrutar de manjares deliciosos, ofrecidos por los servidores del paraíso.

Podrán entregarse a placer al chispeante vino que no embriaga y a la unión con mujeres de juventud y virginidad inmarcesibles. Los infieles terminarán su vida en el fuego del infierno, porque castigo y recompensa son eternos.

Allah da a cada uno su merecido. Todas las acciones de Sus criaturas son registradas puntualmente y, cuando llega el Juicio, se abre el libro; además, cada criatura lleva la lista de sus propias acciones buenas y malas; el debe y el haber son cuidadosamente sopesados en la divina balanza y se escucha a muchos testigos antes de pronunciarse la sentencia. Allah, sin embargo, es clemente y misericordioso; perdona gozosamente a los pecadores que han creído en Él, que han aceptado el Islam con sinceridad, es decir, que han reconocido Su autoridad absoluta y han creído en el mensaje del Profeta que se les envió. Esos Profetas tienen el privilegio de actuar de mediadores a favor de sus seguidores, no en el sentido de redentores, sino como abogados recibidos en audiencia misericordiosa. Naturalmente, el Islam, sumisión al Señor del Universo, tenía que expresarse en actos. Allah desea el homenaje de la adoración formal, que debe cumplirse individualmente varias veces cada día y, en ocasiones especiales, por los fieles reunidos, dirigidos por uno de ellos. Este servicio, *azala*, adoptó sus normas rigurosamente obligatorias después de la época de Mahoma, pero ya en vida de éste consistía principalmente en los mismos elementos que ahora: recitación de textos sagrados, tomados especialmente de la revelación, ciertas posturas corporales (de pie, inclinación, de rodillas, prosternación) con el rostro hacia La Meca. Este último motivo y el lenguaje de la revelación son los elementos árabes del rito, que es por lo demás imitación de los ritos judíos y cristianos, en tanto que Mahoma los conocía. No había sacramentos, por ello ningún sacerdote para administrarlos; el Islam siempre ha sido la religión de los laicos por excelencia. La enseñanza y la exhortación son la única ayuda espiritual que el fiel musulmán necesita y esta simple cura de almas es desempeñada sin ninguna clase de ordenación ni consagración.

El ayuno, de un mes si es posible y por más tiempo si se desea, era también parte integral de la vida religiosa y, al manifestar indiferencia por los gozos mundanos, prueba de la fe en las promesas de Allah en el mundo venidero. La limosna, recomendada sobre todas las demás virtudes,

no sólo iba a ser practicada por obediencia a la ley de Allah y por fe en la retribución, sino que iba a probar el menosprecio de las posesiones mundanas que pudieran dificultar el esfuerzo por alcanzar la felicidad eterna. Mahoma fue obligado posteriormente, por necesidad de fondos públicos y por el entusiasmo menguante de los fieles al aumentar su número, a regular la práctica de esta virtud y a imponer una contribución mínima (*azaque*).

Cuando Mahoma, definiendo su posición en contraposición al Judaísmo y al Cristianismo, había acentuado el carácter árabe de su religión, se incorporaron al Islam los ritos mecanos de origen pagano; pero sólo después de la purificación exigida por el monoteísmo. A partir de entonces la celebración anual del Hayy estuvo entre los deberes del culto de la comunidad musulmana.

En los primeros años de contiendas se inculcó a los creyentes con la máxima energía otro nuevo deber: la *jihad*, es decir, la disposición a sacrificar vida y propiedades en defensa del Islam, entendido, desde la conquista de La Meca en 630, como la extensión por las armas de la autoridad del Estado musulmán, primero por toda Arabia y poco después de la muerte de Mahoma por todo el mundo, en tanto que Allah garantizaba a Sus huestes la victoria.

Por lo demás, las revelaciones legislativas regulaban sólo cuestiones que habían llegado a ser motivo de polémica o disputa durante la vida de Mahoma o que eran sugeridas especialmente por esa antítesis de paganismo y revelación que había determinado la carrera profética de Mahoma. Se prohibía el juego y el vino, este último después de cierta vacilación entre inculcar la templanza o la abstinencia. La usura, entendida como exigencia de cualquier interés sobre los préstamos, también fue prohibida. Todas las querellas tribales y sus repercusiones tenían que ser consideradas inexistentes en adelante y la venganza, siempre que la parte agraviada no estuviera de acuerdo en aceptar una compensación, se puso bajo la jurisdicción del jefe de la comunidad. Se limitaba la poligamia y la unión sexual de amo y esclava; quedaban reguladas las obligaciones que surgen de las relaciones de parentesco o propiedad. Estas cuestiones bastan para indicarnos la naturaleza de las normas coránicas. La referencia en esta ley revelada a ciertas cuestiones, mientras se ignoraban otras, no dependía de su importancia respectiva para la vida de la comunidad, sino más bien de lo que al azar

había sido sugerido por los acontecimientos de la vida de Mahoma. Porque Mahoma sabía perfectamente lo poco calificado que estaba para emprender una obra legislativa, de no ser absolutamente necesario.

Este apunte grosero de lo que pretendía el Islam cuando se lanzó a conquistar el mundo no es probable que dé la impresión de que su expansión fulminante fuera debida a su superioridad sobre las formas de civilización que reemplazó. La afirmación de Lammens de que el Islam era la religión judía reducida de acuerdo con las necesidades árabes y ampliada con algunas tradiciones cristianas y árabes, contiene mucho de verdad, con tal de reconocer la importancia capital en la vocación y la predicación de Mahoma de la doctrina cristiana de la resurrección y del juicio. Esto explica el gran número de puntos débiles que el libro de las revelaciones de Mahoma, consignado por sus primeros seguidores, ofrecía a la polémica judía y cristiana. Era fácil para los teólogos de estas religiones señalar innumerables errores en la obra del Profeta árabe iletrado, especialmente donde afirmaba que estaba repitiendo y confirmando el contenido de la Biblia. Las revelaciones coránicas sobre la relación de Allah con los hombres, tomadas de fuentes apócrifas, de leyendas profanas como la de Alejandro el Magno, a veces incluso creadas por la propia fantasía de Mahoma —como la historia del Profeta Salih, que habría vivido en el norte de Arabia, y la del Profeta Hud, que habría vivido en el sur; todo esto sólo podía darles la impresión de una torpe caricatura de la verdadera tradición. Las doctrinas principales de la Sinagoga y la Iglesia habían sido al parecer mal entendidas o habían sido negadas simplemente como corrupciones.

La conversión al Islam, en el lapso de cien años, de naciones como Egipto, Siria y Persia, difícilmente se atribuirá a otra cosa sino a las capacidades latentes, la energía anteriormente reprimida de la raza árabe que había encontrado terreno favorable para su desarrollo; capacidades y energía no de carácter misionero, empero. Si se dice que el Islam ha sido desde sus comienzos hasta hoy una religión misionera¹, entonces la misión debe ser

tomada aquí en un sentido muy particular y debe prestarse una atención especial a la preparación del campo misionero por los ejércitos musulmanes, referida por la historia y considerada de suma importancia por los mismos musulmanes.

Ciertamente, no se obligaba a las naciones conquistadas por los árabes con los primeros califas a elegir entre vivir como musulmanes o morir como infieles. Los conquistadores las trataron como Mahoma había tratado a judíos y cristianos en Arabia hacia el final de su vida y sólo les exigía sumisión a la autoridad musulmana. Se les permitía permanecer en su religión, con tal que ayudaran con sus impuestos a colmar el fisco musulmán. Esta norma se llegó a extender a religiones como la de los parsis, aunque no podían ser considerados un «pueblo de la Escritura» expresamente reconocido en el Corán. Pero la condición social de estos súbditos gradualmente se hizo tan opresiva bajo amos musulmanes, que la consecuencia natural eran rápidas conversiones en masa; la más natural, porque en las naciones conquistadas la cultura intelectual estaba restringida a un pequeño círculo, por lo que después de la conquista sus líderes espirituales carecían de libertad de movimientos. Además, se exigía prácticamente muy poco a los nuevos conversos, por lo que era muy atractivo dar el paso que llevaba a la plena ciudadanía.

No, los que en un breve tiempo sometieron a millones de no-árabes al Estado fundado por Mahoma y prepararon así su conversión, no eran apóstoles. Eran generales, cuyas aptitudes estratégicas hubieran permanecido ocultas de no ser por Mahoma; genios políticos, especialmente de La Meca y Taif, que, antes del Islam, hubieran sobresalido sólo en la organización de operaciones comerciales o en el restablecimiento de la concordia entre familias hostiles. Ahora demostraron ser capaces de unir a los árabes dirigidos por Allah, unidad todavía puesta en peligro muchas veces durante el siglo primero por el antiguo espíritu partidista; y de desarrollar una división del trabajo entre gobernantes y conquistados que les hizo posible controlar el funcionamiento de las complicadas maquinarias estatales sin ningún conocimiento técnico.

Además, varias circunstancias favorecieron su trabajo; los grandes reinos que se extendían por el norte de Arabia, se

¹ Con talento extraordinario esta tesis ha sido defendida por el profesor T. W. Arnold en el citado trabajo, *The Preaching of Islam*, que merece toda la atención también de los que no aceptan el argumento del escritor. Entre las muchas objeciones que se pueden plantear a la conclusión del profesor Arnold, señalamos el hecho innegable que los eruditos musulmanes de todas las épocas no hablan de “misión” en absoluto y consideran siempre

la extensión de la verdadera fe mediante la guerra santa como uno de los deberes musulmanes de la comunidad musulmana.

encontraban políticamente en decadencia; los cristianos que habitaban en las provincias que primero iban a ser conquistadas pertenecían, en su mayoría, a sectas heréticas y eran tratados por los ortodoxos bizantinos de tal modo que otros amos, intolerantes, podrían ser bien recibidos. Los ejércitos árabes estaban formados por curtidos beduinos con pocas necesidades, cuya avidez por las riquezas del mundo civilizado los predisponía a soportar la presión de una disciplina hasta entonces desconocida para ellos.

Nos causa admiración cómo aprovecharon la oportunidad los dirigentes; aunque su plan se formó en el transcurso y bajo la influencia de sucesos generalmente imprevistos. Las circunstancias habían cambiado a Mahoma Profeta en Mahoma Conquistador y los líderes, que continuaron la obra del conquistador, aunque no movidos por fanatismo o celo religioso, sin embargo prepararon la conversión al Islam de millones de hombres.

Fue completamente natural que los nuevos amos adoptaran, con ciertas modificaciones, los sistemas administrativos y fiscales de los países conquistados. Por razones similares el Islam tenía que completar su patrimonio espiritual con la organizada riqueza de sus nuevos prosélitos. La investigación reciente demuestra con la mayor claridad que el Islam, después de haberse opuesto tan acerbamente a las demás religiones y haberse protegido tan fuertemente contra la influencia externa, tomó prestado, en el siglo primero, libre y simplemente, del «Pueblo de la Escritura» todo lo que no estaba en contradicción flagrante con el Corán. Lo cual era de esperar; ¿no se había referido Mahoma desde el comienzo mismo al «pueblo del Libro» como «los que saben»? Cuando la experiencia dolorosa le llevó más tarde a acusarlos de corrupción de sus Escrituras, esta actitud exigía reprobación pero no el rechazo de su tradición. El ritual, regulado sólo provisionalmente y continuamente dispuesto a cambiar según la inspiración profética en vida de Mahoma, exigía normas inalterables tras su muerte. Estudios recientes² han mostrado de modo asombroso que el ritual judío, juntamente con los ritos religiosos de los cristianos, influyó poderosamente en la forma

definitiva dada al ritual del Islam, mientras una influencia indirecta de la religión parsí es, al menos, probable.

Otro tanto por lo que respecta a los ritos de adoración pública y a la pureza ritual que implican. El procedimiento del ayuno parece basarse en el modelo judío, mientras que el periodo de ayuno obligatorio depende de la tradición cristiana.

Las referencias fragmentarias y desordenadas de Mahoma a la historia sagrada fueron tomadas libremente de fuentes cristianas y judías y abarcaban todo el periodo desde la creación del mundo hasta los primeros siglos de la era cristiana. Se desechaban, por supuesto, los aspectos que disgustaban al espíritu musulmán y se adaptaba el conjunto a la monótona concepción del Corán. Con osadía aun mayor se elevaba la historia de la propia vida de Mahoma a la esfera de lo sobrenatural; aquí servía de modelo el Evangelio. Aunque Mahoma había declarado repetidamente que era un hombre ordinario elegido por Allah como instrumento de Su revelación y cuyo único milagro era el Corán, la posteridad le adjudicó un repertorio completo de prodigios, inventados evidentemente a imitación de los milagros de Cristo. El motivo parece haber sido la idea de que ninguno de los antiguos Profetas, ni siquiera Jesús, de quien el Corán refiere los mayores prodigios, podría haber llevado a cabo un milagro sin Mahoma, sello de los Profetas, habiendo rivalizado con él o habiéndolo sobrepasado a este respecto. Sólo Jesús era el Mesías, pero este título no valía más que los títulos de otros Profetas, y los atributos especiales de Mahoma eran de rango superior. Mahoma compartía con Jesús una impecabilidad relativa; la aceptación de esta doctrina, contradictoria con el espíritu originario del Corán, tenía, además, un motivo dogmático: era considerada indispensable para encumbrar el texto del Corán por encima de toda sospecha de corrupción, sospecha que no estaría excluida si el órgano de la revelación fuera falible.

Este periodo de simple adopción de instituciones, doctrinas y tradiciones fue pronto seguido por el despertar de la conciencia de que el Islam no podía absorber bien ningún otro elemento extraño sin poner en peligro su carácter independiente. Entonces comenzó la selección; y la asimilación del vasto arsenal de materiales tomados en préstamo, que ya se habían convertido en parte esencial del Islam, se completó con el sometimiento

² Los estudios de los profesores C. H. Becker, E. Mittwoch y A. T. Wensinck, tomados en relación especialmente con los anteriores de Ignaz Goldziher, han proyectado mucha luz sobre este asunto.

del conjunto a un tratamiento singular. Fue despojado cuidadosamente de todas las marcas de su origen y catalogado como *hadiz*³, de forma que en adelante era considerado como emanación de la sabiduría del Profeta árabe, por lo que sus seguidores no debían favores a extranjeros.

Al principio sólo en Medina algunos fieles se ocupaban de registrar, ordenar y sistematizar la propiedad espiritual del Islam; más adelante se formaron círculos similares en otros centros, como La Meca, Kufa, Basora, Misr (El Cairo) y otros lugares. En un primer momento la recopilación de sentencias divinas, el Corán, era la única guía, la única fuente de decretos decisivos, la única piedra de toque de lo que era verdadero o falso, permitido o prohibido. A regañadientes, pero al final con decisión, se reconoció que las bases establecidas por Mahoma para la vida de su comunidad no iban de ningún modo a ser encontradas todas en el Libro Sagrado; más bien, que las revelaciones de Mahoma sin la explicación y la experiencia de éste hubieran seguido siendo un enigma. Ahora se consideraba que las normas y las leyes del Islam se encontraban en la palabra de Dios y en la Sunna, es decir, el «camino» señalado por la palabra y el ejemplo del Profeta. Así había sido desde el momento en que Allah había hecho brillar Su luz sobre Arabia y así debería seguir siendo, si el error humano no corrompía al Islam.

En el momento en que este instinto conservador comenzó a afirmarse entre los líderes espirituales, ya se había incorporado tanta materia extraña al Islam, que la teoría de la aptitud del Corán y la Sunna no podría haberse mantenido sin la operación de catalogación a que hemos aludido. En consecuencia, se aceptó que tan cierto como que Mahoma ha debido sobrepasar a sus predecesores en perfección y en prodigios, con la misma certeza deben haber sido formulados por él todos los principios y preceptos necesarios para su comunidad. Así, mediante una gigantesca trama de ficción, se convirtió después de su muerte en el órgano de opiniones, ideas, intereses añadidos, cuya legitimidad fue reconocida por cada grupo influyente de creyentes. Todo lo que no pudiera ser identificado como parte de la Sunna del

Profeta no recibiría reconocimiento; por otra parte, todo lo que se aceptara tendría, en cierta forma, que ser incorporado a la Sunna.

Vino a ser dogma fundamental del Islam que la Sunna era el perfeccionamiento indispensable del Corán y que los dos juntos formaban la fuente del derecho y la doctrina mahometanos; hasta tal punto que cada partido se adjudicaba el nombre de «pueblo de la Sunna» para expresar su pretensión de ortodoxia. El *contenido* de la Sunna, sin embargo, era objeto de muchas controversias; por lo que llegó a ser considerado necesario hacer que el Profeta pronunciara su juicio autorizado sobre esta diferencia de opinión. Se declaró que había calificado como prueba de la merced especial de Dios que dentro de límites razonables se permitiera a su comunidad diferencias de opinión. Los mahometanos siempre se han aprovechado ampliamente de este privilegio.

Cuando la diferencia afectaba a cuestiones políticas, especialmente a la sucesión del Profeta en el gobierno de la comunidad, se producía inevitablemente el cisma. Por ello surgieron las luchas partidistas del siglo primero, que condujeron a la fundación de las sectas chiíes y jariyíes, comunidades separadas, desmembradas del gran conjunto, que llevaban su propia vida y por ello seguían diferentes caminos de los de la mayoría en cuestiones doctrinales, de derecho, así como en la política. La dureza del antagonismo político servía en tales casos para acentuar la importancia de las demás diferencias y para descartar su aceptación como consecuencia legal de la diferencia de opinión permitida por la misericordia de Dios. Que el factor político era realmente el gran motivo de separación, está demostrado claramente en nuestros días, ahora que un estado mahometano tras otro ven desaparecer su independencia política y se hacen esfuerzos desde todas partes para reestablecer la unidad del mundo islámico estimulando el sentimiento de hermandad religiosa. Entre los musulmanes más instruidos de diferentes países está ganando terreno un esfuerzo serio para admitir a chiíes, jariyíes y otros grupos, tildados formalmente de heréticos, en la gran comunidad, amenazada ahora por enemigos comunes, y para considerar sus dogmas específicos de la misma manera que las diferencias existentes entre las cuatro escuelas de derecho, hanafíes, malikíes, chafiíes y hanbalíes, que

³ *Hadiz*, la palabra árabe para testimonio, historia, ha asumido el significado técnico de «tradición» referida a las palabras y hechos de Mahoma. Se usa tanto en el sentido de un testimonio único de esta clase como en el de la colección completa de las tradiciones sagradas.

durante siglos han sido consideradas idénticamente ortodoxas.

Aunque las diferencias que dividen a estas escuelas, provocaron en un principio gran agitación y originaron violentas diatribas, el fuerte instinto universal del Islam supo siempre como evitar el cisma. Cada nueva generación o bien encontró el medio áureo entre los extremos que habían dividido a la precedente, o reconoció el derecho a ambas opiniones.

Aunque las diferencias dogmáticas no eran necesariamente tan peligrosas para la unidad como las políticas, no obstante eran más capaces de originar el cisma que las discusiones sobre el derecho. Era esencial poner fin a las disensiones sobre las raíces teológicas del sistema íntegro del Islam. Mahoma nunca había expresado una verdad en forma dogmática; todo pensamiento sistemático era extraño a su naturaleza. Volvieron a ser los musulmanes no árabes, especialmente los de origen cristiano, quienes suscitaron tales cuestiones doctrinales. Primeramente tropezaron con la vehemente oposición que condenaba toda discusión dogmática como novedad diabólica. A largo plazo, sin embargo, la lucha de los conservadores contra aspectos especialmente censurables de las discusiones de los dogmatizadores, les obligó a tomar prestadas armas del arsenal dogmático. Por ello se puso de moda un método con una terminología particular, al que ni siquiera la más atrevida imaginación podría atribuir conexiones con la Sunna de Mahoma. No obstante algunas tradiciones se atrevieron a poner en labios de Mahoma advertencias proféticas contra las innovaciones dogmáticas que con seguridad iban a surgir y a hacerle pronunciar los nombres de un par de sectas futuras. Pero nadie se atrevió a hacer que el Profeta predicara un sistema ortodoxo de dogmática, resultado de las controversias de varios siglos, la totalidad de cuyos términos eran extraños al habla árabe de la época de Mahoma.

Ciertamente todas las cuestiones que habían originado la controversia dogmática en la Iglesia cristiana, excepto algunas demasiado específicamente cristianas, fueron discutidas por los *mutakallimes*, los dogmatizadores del Islam. Libre albedrío o predestinación, Dios omnipotente o ante todo justo y santo; el Verbo de Dios creado por Él o compartiendo Su eternidad; Dios uno, en el sentido de que Su ser no admitía pluralidad de atributos, o dotado de

atributos, eternamente inherentes a Su ser; en el mundo futuro sólo gloria y perdición o asimismo un estado intermedio para los neutrales. Podríamos continuar la enumeración y seguir descubriendo al historiador cristiano de la Iglesia o a viejos conocidos teólogos con ropaje musulmán. Por ello Maracci y Reland podían comprender a los judíos y cristianos que cedían a la tentación de pasarse al Islam y ello también explica por qué los dogmatizadores católicos y protestantes podían acusarse mutuamente de criptoislamismo.

Sólo a comienzos del siglo X después de Cristo comenzó a emerger el dogma ortodoxo mahometano del enfrentamiento de opiniones en su forma fijada. Los *mu'tazilíes* habían abogado por el libre albedrío del hombre; habían dado preeminencia, en su concepción de Dios, a la justicia y a la santidad, habían negado atributos separados en Dios y la eternidad del Verbo de Dios; habían aceptado un lugar para los neutrales entre el paraíso y el infierno; y, durante un tiempo, el favor de las autoridades parecía asegurar la victoria de su sistema. Al-Ash'ari contradijo todos estos puntos y su sistema fue adoptado finalmente por la gran mayoría. Las doctrinas *mu'tazilíes* durante mucho tiempo siguieron cautivando a muchos espíritus, pero terminaron por refugiarse en la herejía política del chiísmo. En los círculos más conservadores nunca faltaron opositores a toda especulación; pero estaban obligados inconscientemente a hacer amplias concesiones al pensamiento sistemático; porque en el mundo musulmán como en todas partes la creencia religiosa sin dogma era ya tan imposible como respirar sin aire.

Así pues, en el Islam, había llegado a ser aceptado un sistema completo, que no podía siquiera pretender derivar su autoridad de la Sunna. No era difícil justificar esta desviación por el odio ortodoxo a las novedades. El Islam ha mirado siempre el mundo de modo pesimista, mirada expresada en incontables dichos proféticos. El mundo es malo y se hará cada vez peor. La religión y la moralidad tendrán que emprender una guerra cada vez más desesperada contra la infidelidad, contra la herejía y los modos de vida impíos. Mientras esto no es motivo para establecer un compromiso con las doctrinas que se apartan sólo un ápice del Corán y la Sunna, requiere métodos de defensa contra la herejía desconocida en la época de Mahoma como herejía. «La necesidad no conoce

ley» es un principio completamente aceptado en el Islam y la herejía es un enemigo de la fe que sólo puede ser derrotado con armas dialécticas. Por tanto, las verdades religiosas predicadas por Mahoma no han sido alteradas de ningún modo; pero por la fuerza de la necesidad han sido envueltas en ropaje moderno, que ha modificado algo su aspecto.

Además, el Islam tiene una teoría, que basta para justificar todos las posteriores evoluciones de la doctrina y del derecho. Esta teoría, cuya importancia para el sistema difícilmente puede ser sobrevalorada y que, sin embargo, ha sido ignorada constantemente por los estudiosos occidentales del Islam, encuentra su expresión clásica en las siguientes palabras, puestas en boca de Mahoma: «Mi comunidad nunca estará de acuerdo en el error». En términos más familiares para nosotros, esto significa que la Iglesia mahometana, considerada en conjunto, es infalible; que todas las decisiones en asuntos prácticos o teóricos, sobre las que hay acuerdo, tienen fuerza obligatoria para sus miembros. En ningún otro lugar está más claramente expresado el instinto universal del Islam.

Un verdadero estudioso musulmán, después de haber lidiado con un manual de derecho, puede ser atormentado por la duda de si estos interminables preceptos casuísticos han sido deducidos correctamente del Corán y la Sagrada Tradición. Su duda, sin embargo, será silenciada de golpe, si tiene en mente que Allah le habla más claramente por medio de este Acuerdo infalible (*ijma'*) de la Comunidad que por medio del Corán y la Tradición; aun más, que el contenido de estas dos fuentes sagradas, sin ese perfecto intermediario, sería en gran parte incomprensible para él. Incluso las diferencias entre las escuelas de derecho pueden basarse en esta teoría del *ijma'*; pues, ¿no nos enseña el Acuerdo infalible de la Comunidad que cierta diversidad de opinión es un don misericordioso de Dios? Mediante el Acuerdo se legitimaron las especulaciones dogmáticas y las discusiones insignificantes sobre cuestiones de derecho. El sello del *ijma'* fue esencial para cada norma de fe y de vida, para todas las conductas y costumbres.

Toda clase de ideas y prácticas religiosas, que posiblemente no podían ser deducidas del mensaje de Mahoma, entraron en el mundo musulmán con el permiso del *ijma'*. Sólo hay que pensar en el misticismo y en el culto de los santos.

Algunos pasajes del Corán quizá pueden ser interpretados de tal modo que oigamos las fibras más sutiles del sentimiento religioso vibrando en ellos. La impresión principal que el Allah de Mahoma produce antes de la Hégira es de majestad imponente, ante la que los hombres se estremecen desde la distancia; temen Su castigo, no se atreven a estar seguros de Su recompensa, y esperan mucho de Su misericordia. Esta impresión es duradera; pero, después de la Hégira, se oye también a Allah razonando tranquilamente con Sus obedientes siervos, dándoles consejos y mandatos, que ellos tienen que cumplir para impedir toda resistencia a Su autoridad y merecer Su satisfacción. Es siempre el Señor, el Rey del mundo, que habla a Sus humildes siervos. Pero la lámpara que Allah había hecho levantar a Mahoma para guiar a la humanidad con su luz, era izada cada vez más después de la muerte del Profeta, para derramar su luz sobre una parte siempre creciente de la humanidad. Esto no era posible, empero, sin que su depósito se llenara con todas las diferentes clases de aceite que habían dado luz, desde tiempo inmemorial, a esas diferentes naciones. El aceite del misticismo vino de círculos cristianos y su origen neoplatónico era claramente reconocible; Persia y la India también contribuyeron a ello. Había quienes, mediante el ascetismo, con diferentes métodos de mortificar la carne, liberaban el espíritu para que pudiera elevarse y unirse con el origen de todo ser; hasta tal punto, que para algunos la profesión de fe se redujo a la exclamación blasfema: «Soy Allah». Otros intentaban liberarse de la esfera material y temporal con ciertos métodos de pensamiento, combinados o no con el ascetismo. Aquí se sentía la necesidad de un guía, y surgieron las cofradías, cuyo fin era permitir a amplios grupos dirigidos por sus jeques que participaran simultáneamente en la unión mística. La influencia que más se extendió fue la de guías como Algazel, padre de la Iglesia Mahometana tardía, que recomendaba la purificación moral del alma como único camino por el que los hombres deberían acercarse a Dios. Su misticismo quería evitar el peligro del panteísmo, al que eran conducidos tantos otros por sus contemplaciones, y que, con harta frecuencia, producía el menosprecio de la ley revelada o incluso de la moralidad. Algunos querían superar el abismo entre el Creador y lo creado por el puente de la contemplación; y así, empujados por el fuego de la pasión sublime, se precipitaban hacia el objeto de su amor, en una especie de

rapto, que los poetas comparan con la intoxicación. El perverso mundo decía que la imposibilidad de realizar esta unión celestial a menudo inducía a estas gentes a imitarla en el tiempo presente con los medios terrenales del vino y la complacencia en el amor sensual.

Característico de todas estas clases de misticismo es su orgullo esotérico. Todas estas emociones están destinadas sólo a un pequeño número de elegidos. Incluso el misticismo ético de Algacel no es para la multitud. El desarrollo del Islam en conjunto, a partir de la Hégira, ha sido siempre mayor en extensión que en profundidad; y en consecuencia, su pedagogía ha sido defectuosa. Incluso algunas de las mentes más nobles del Islam restringen la auténtica vida religiosa a una aristocracia y aceptan la ignorancia de la multitud como un mal irremediable.

A lo largo de los siglos formas panteístas y animistas de misticismo han encontrado muchos seguidores entre los mahometanos; pero el Acuerdo infalible ha continuado llamando a eso herejía. El misticismo ético, desde Algacel, ha sido reconocido plenamente; y, junto con el derecho y el dogma, forma el trío sagrado de las ciencias del Islam, para cuyo estudio las artes humanistas árabes sirven de instrumentos preparatorios. Todas las demás ciencias, aunque útiles y necesarias, son de este mundo y carecen de valor en el venidero. El infiel las aprecia y estudia igual que los mahometanos; pero en tierra mahometana deben teñirse de un matiz mahometano y sus resultados nunca pueden colisionar con las tres ciencias religiosas. La física, la astronomía y la filosofía han visto a menudo difícil observar esta restricción, y por ello solían ser sospechosas, al menos levemente, en los círculos devotos.

El misticismo no sólo debía al *ijma'* su lugar en el trío sagrado, sino que logró mejor que la dogmática confirmar su derecho con palabras de Allah y Su Profeta. En el Islam están habitualmente aliados el misticismo y la alegoría; para los *illuminati* las palabras tenían un significado muy diferente que para la gente corriente. Así pues, se hacía hablar al Corán el lenguaje del misticismo; y existen comentarios místicos del Libro Santo que, con desprecio total por las objeciones filológicas e históricas, explican los versículos de la revelación como expresiones de las más profundas experiencias anímicas. Claras afirmaciones de esta índole eran puestas en boca del Profeta; e, igual que los canonistas, los dirigentes de la vía mística hacia Dios presumían de una genealogía espiritual

que se remontaba a Mahoma. Así, se atribuye al Profeta haber declarado vano todo conocimiento y cumplimiento de la ley que carezca de experiencia mística.

Evidentemente sólo el misticismo «verdadero» es justificado por el *ijma'* y confirmado por el Corán y la Sunna; pero acerca de los límites entre el misticismo «verdadero» y «falso» o herético existe ampliamente la bien conocida diversidad de opiniones permitida por la misericordia de Dios. El misticismo ético de Algacel es reconocido generalmente como ortodoxo; y pocos ponen en duda la posibilidad de alcanzar una esfera espiritual más elevada por medio del ascetismo metódico y la contemplación. Una opinión que ha llegado a prevalecer en amplios círculos: el derecho ofrece el pan de la vida a todos los fieles, el dogma es el arsenal del que deben tomarse las armas para defender los tesoros de la religión contra la impiedad y la herejía, pero el misticismo muestra al peregrino terrestre el camino del cielo. Una necesidad muy inferior garantizaba al culto de los santos un lugar en la doctrina y práctica del Islam. Por extraña que sea la mutación de Mahoma desde hijo corriente de hombre, como quería ser, en encarnación de la Luz Divina, como lo representan los biógrafos posteriores, es aun más asombroso que se hiciera indispensable la intercesión de los santos para la comunidad de Mahoma, que según la tradición, maldecía a judíos y cristianos porque adoraban los sepulcros de sus profetas. Casi todas las localidades musulmanas tienen su santo patrón; cada país tiene sus santos nacionales; cada provincia de la vida humana tiene sus propios gobernantes humanos, que son intermediarios entre el Creador y los hombres corrientes. En ningún otro aspecto se ha acomodado el Islam más completamente a las religiones que ha desbancado. La costumbre popular, que en muchos casos es difícil de distinguir del politeísmo, fue beneficiada en gran medida por la teoría de la intercesión de los devotos fallecidos, cuya asistencia amistosa podía asegurarse la gente haciendo buenas obras en su nombre y para su eterno beneficio.

El musulmán corriente que visita las tumbas de los santos no se preocupa por este ingenioso compromiso entre el severo monoteísmo de su Profeta y el politeísmo de sus antepasados. Está firmemente convencido de que el mejor camino para obtener la satisfacción en su afán por los bienes mundanos o celestiales es dar al santo a cuyo especial cuidado están lo que más le gusta; y con

confianza deja que el venerado resuelva el asunto con Allah, que está demasiado por encima del mortal ordinario para facilitar un contacto directo.

Se han forjado tradiciones en apoyo de esta sorprendente desviación del original. Además, la veneración de seres humanos era favorecida por algunas formas de misticismo; porque, como muchos santos, muchos místicos tenían sus excentricidades y era muy beneficioso para los teólogos místicos si podía persuadirse al vulgo de aceptar sus desviaciones de las leyes normales de la vida como peculiaridades de hombres santos. Pero el *ijma'* contribuyó más aun que la tradición y el misticismo en hacer posible la veneración de legiones de santos en los templos de los mismos hombres que estaban obligados por su ley canónica a decirle a Allah varias veces diariamente: «A Ti sólo adoramos y a Ti sólo imploramos ayuda.»

En el siglo diez de nuestra era el proceso de adaptación del Islam estaba terminado en todos sus rudimentos. A partir de ese momento, si las circunstancias eran favorables, podía continuar la ejecución de sus planes de conquista del mundo sin ser obligado a asimilar ningún otro elemento extraño. Frente a cada beneficio espiritual del que pudiera jactarse otra religión universal, podía presentar algo semejante, pero que todavía ostentara rasgos propios y cuya superioridad podía defender mediante argumentos perfectamente satisfactorios para sus seguidores. En adelante el Islam se esforzó en distinguirse cada vez más nítidamente de sus rivales más importantes. No había un estancamiento total, la evolución no estaba completamente detenida; pero se movía a un ritmo mucho más pausado y su dirección obedecía a motivos internos, no a influencias foráneas. El catolicismo musulmán había alcanzado su pleno desarrollo.

No podemos considerar en la pequeña extensión de estas conferencias las excrecencias del Islam corriente, los radicales chiíes, que reverenciaban a ciertos descendientes de Mahoma como gobernantes infalibles del mundo, los ismaelitas, los asesinos qarmatas; ni los hijos bastardos modernos del Islam, como los sheijis, los babis, los baha'ís —que tienen algunos seguidores en Estados Unidos— y otras sectas, que efectivamente surgieron en tierra musulmana, pero que intencionadamente se dirigieron a fuentes no islámicas en busca de inspiración.

Hay que dirigir la atención, sin embargo, a las protestas de ciertas minorías contra algunas de las ideas y prácticas que han sido definitivamente adoptadas por la mayoría.

En medio del «catolicismo» mahometano siempre vivieron y se movieron más o menos libremente elementos «protestantes». La comparación puede incluso prolongarse, con ciertas reservas, y podemos hablar también en el Islam de un protestantismo conservador y de otro liberal. El protestantismo conservador está representado por la escuela hanbalí y espíritus afines, que con el mayor énfasis predicaron que el Acuerdo (*ijma'*) de cada época debería basarse en el de los «antepasados devotos». En consecuencia, justificaron todo dogma y toda costumbre mediante las palabras y los actos del Profeta, de sus coetáneos y de los líderes de la comunidad en las primeras décadas tras la muerte de Mahoma. A sus ojos la iglesia de tiempos posteriores había degenerado; y se negaron a considerar el acuerdo de sus doctores justificando la penetración en el Islam de ideas y usos de origen foráneo. El culto de los santos fue rechazado por ellos como completamente incompatible con el Corán y la tradición auténtica. Estos protestantes del Islam pueden ser comparados con los del Cristianismo también en este aspecto: que aceptaban los resultados de la evolución y la asimilación de los tres primeros siglos del Islam, pero rechazaban posteriores adiciones como abusos y corrupción. Cuando en el umbral del siglo XIX intentaron, como verdaderos musulmanes, imponer a otros por medios materiales sus concepciones religiosas, fueron combatidos como herejes por las autoridades del Islam «católico». Arabia central y occidental fueron el campo de batalla en que estos fanáticos, llamados wahhabíes por su líder, fueron derrotados por Mohamed Ali, primer jedive, y su ejército egipcio. Desde que abandonaron sus esfuerzos por reconstituir violentamente lo que consideran que era el Islam originario, no han sido molestados, y sus ideas han encontrado partidarios lejos de Arabia, por ejemplo en la India británica y en África septentrional y central.

De un modo muy diferente, muchos musulmanes que han vuelto a los orígenes de su religión vieron dificultadas su libertad de pensamiento o de acción por el derecho y la doctrina dominantes. Demasiado apegados a las tradiciones de su fe para ignorar a propósito estas trabas, intentaron encontrar en el Corán y en la tradición

argumentos a favor de lo que la razón les dictaba; y encontraron tales argumentos tan fácilmente como las generaciones anteriores habían encontrado las bases sobre las que fundar su casuística, dogma y misticismo. Esto conllevaba una interpretación de las fuentes más antiguas independiente del desarrollo «católico» del Islam y en contradicción con la opinión general de los canonistas, para quienes desde el siglo cuarto o quinto de la Hégira nadie está calificado para semejante libre examen. Cierta grado de independencia de la mente, junto a un fuerte apego a su pasado espiritual, ha dado origen en el mundo musulmán a esta especie de protestantismo liberal, que en nuestra época tiene muchos seguidores entre los musulmanes que han entrado en contacto con la civilización moderna.

Que los partidarios de todas estas diversas concepciones pudieran permanecer juntos como hijos de una misma familia espiritual es debido en gran parte al carácter flexible del *ijma'*, cuya importancia hasta cierto punto es reconocida por «católicos» y «protestantes», por modernos y por conservadores. Nunca se ha objetado que la comunidad, cuyo acuerdo era la prueba de la verdad, no consistiera en las devotas masas, sino en el experto distinguido. En una Iglesia cristiana se habría hablado del clero, con definición posterior de los órganos a través de los que iba a expresarse: sínodo, concilio o Papa. El Islam no tiene clero, como hemos visto; la idoneidad de un hombre para tener su propia opinión depende completamente de la amplitud de sus conocimientos o, más bien, de su erudición. No faltan normas, fijadas por las autoridades musulmanas, en las que se detallan los requisitos para que un erudito se capacite para el *ijma'*. El criterio principal es el conocimiento del derecho canónico; lo que sería de esperar por la historia de la evolución del Islam. Pero, por supuesto, los dogmatizadores y los místicos tenían también sus propios

«acuerdos» sobre las cuestiones que les incumbían y, por medio del compromiso entre el derecho, el dogma y el misticismo, no podía dejar de existir una especie de *ijma'* mixto. Además, las normas y las definiciones sólo podían tener cierto valor teórico, por no haber existido nunca un organismo que pudiera hablar en nombre de todos. Las decisiones del *ijma'* tenían por ello que ser fijadas sólo de un modo vago y general. Los portavoces eran individuos cuya autoridad propia dependía del *ijma'*, mientras que el *ijma'* habría sido su decisión colectiva. Así pues, era posible que innumerables grados de «catolicismo» y «protestantismo» convivieran bajo un mismo techo; con muchas fricciones, es cierto, pero sin una ruptura o cisma definitivos, no siendo capaz ninguna secta de expulsar a otra de la comunidad.

Las autoridades políticas musulmanas están obligadas no sólo a extender el dominio del Islam, sino también a mantener a la comunidad en el camino recto en su vida y su doctrina. Esta tarea la han concebido siempre en conformidad con sus intereses políticos; el Islam ha tenido sus persecuciones religiosas pero la tolerancia era muy corriente e, incluso, la protección oficial de la herejía no era muy excepcional en los gobernantes musulmanes. En ninguna parte se daba la vigilancia regular de la observancia religiosa. Así, en el compromiso de obediencia política se mantenían unidos elementos que podrían de otra forma haberse disgregado. La decadencia política del Islam en nuestros días ha suprimido lo que había quedado del poder oficial para dirimir las diferencias religiosas y nunca existió ninguna organización de la autoridad espiritual. Por ello es del todo natural que la diversidad de opiniones permitida por la gracia de Allah aparezca ahora a mayor escala que nunca antes.

Mohammedanism; lectures on its origin, its religious and political growth, and its present state, C. Snouck Hurgronje, New York, G. P. Putnam's sons [1937] (p. 54-85)